Homilía de Mons. Pedro Fuentes, CP
Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Santa Cruz
Segundo Domingo de Cuaresma, Ciclo C, 16 de marzo 2025

Hoy el evangelio nos sitúa a Jesús en el camino hacia Jerusalén. Ese camino está lleno de referencias simbólicas, ya que es el camino que le va a llevar a “ser entregado a los paganos: se burlarán de él, lo insultarán, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán; y al tercer día resucitará”. Es un camino de subida hacia la entrega de su propia vida, hacia su muerte y resurrección. Esa misma simbología la podemos aplicar a la Cuaresma: un “camino” de subida, de esfuerzo, de entrega, de sacrificio por los demás, de ayuno, limosna y oración, para encontrarnos con el crucificado que resucita de entre los muertos.

Pero no camino de odio alimentado por apetencias vulgares y bajas, no de polarización donde se nos quiere hacer creer lo que los ojos no ven. En estos tiempos convulsos, de confusión, ante la falta de combustibles, subida de precios, desastres producidos por las lluvias, todo esto nos perturba, nos confunde y desconcierta. Justo en este punto de tanta incertidumbre Dios nos habla y lo hace por medio del relato de la transfiguración.

Pero antes haz silencio y miremos en nuestra sociedad la violencia verbal y física a la que nos hemos acostumbrado, la violencia de los jóvenes para con ellos mismos, la violencia en nuestras familias, la violencia entre esposos, la violencia en la calle donde no perdonas nada, si, allí donde la verborrea que a semejanza de las más venenosas de las serpientes vamos lanzando cual veneno cruel que es la difamación, murmuración y la sentencia al hermano que por que no piensa como nosotros vamos sepultando con las piedras de nuestras palabras y acciones. Debemos decir que los cristianos estamos en la obligación a reconocer y hablar de que esos no son los caminos ni de la cuaresma y mucho menos del seguimiento al Señor.

Dios nos ha hecho con amor y nos invita una y otra vez a caminar por esa senda, no estamos hechos para el odio. No permitamos que la maldad cubra nuestros corazones y acciones. Vive queriendo a tu familia, tu esposo, tu esposa, tus hijos, parientes y hombres y mujeres con los cuales compartes esta vida, este hermoso país. Si, vive auténticamente trabajando honestamente, así no tendrás que adormecer la conciencia con el alcohol ni buscaras escapes que no conducen a nada.

Queremos vivir en paz y en la alegría que el día a día nos puede deparar, afrontando con fe el gran reto que somos nosotros mismos, la vida, la sociedad, este mundo que Dios nos ha regalado. Y Jesús lo sabe, sabe lo que anhela el corazón humano, esa alma buena que Dios nos ha regalado con tanto amor, por eso subimos con El. al monte Tabor a encontrarnos con El, a que Dios nos hable en susurros y en poder al corazón y nos revele aquello que sabemos tener pero que no sabíamos definir: estamos hechos para Dios. Esta es la verdad de lo que somos y del sentido de nuestras vidas.

Es en este contexto y para entender mejor, que el Papa nos anima a reflexionar lo que es la esperanza para el creyente:

1ro. Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Debemos saber esperar en esperanza.

2do. Y la esperanza no quedará defraudada, porque como dice San Pablo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, esta vida hermanos está hecha de alegrías y dolores, donde el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento.

Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene el amor de Dios, es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia.

3ro. Hay que redescubrir la paciencia nos hace mucho bien, a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo». La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

4to. Este entretrejo de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Esto es ser testigos de su Transfiguración y su Resurrección.

5to. Ese es el sentido de nuestra vida, ser peregrinos para ser testigos. Ponerse en camino, no sin heridas, tropiezos y vacíos áridos. Caminar en esperanza porque la meta está clara. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. Ese también es el sentido del peregrinar. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. La peregrinación nos ayuda a sabernos encontrar con nosotros mismos y con Dios, ante el bullicio del mundo, donde toda aparente certeza parece derrumbarse, nosotros buscamos la certeza que se afianza en aquel que es puerta de paz y alegría que no cesa, el encuentro con Dios cuando El así lo disponga. Así, el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es saber lo que el mundo es, tratando de cambiar lo que debe ser cambiado para bien de todos. Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia.

Y en la montaña, Jesús se transfigura dice el evangelio: “mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos”. Y es que la oración transfigura nuestra alma y transforma nuestra conducta. Porque la oración es hablar con Dios, y también escuchar a Dios, escuchar lo que quiere de mí, escuchar por donde tengo que ir, cuáles son sus caminos para mí. La oración, en el fondo, es la transfiguración, señal para nosotros para que sepamos que, a pesar de las dificultades al ver al Maestro, no perdemos la esperanza ni la confianza en Dios.

Ten fe, ten esperanza, pon signos concretos de tu esperanza, se paciente y sobre todo pon tu corazón confiado en Dios.